



INFORTUNIOS DE 1823

F. Maya Urruticoechea

A la memoria de Angel Gascue y Carlos Sanz, amigos inolvidables

En el verano de 1823, una epidemia de fiebre amarilla diezmó a la población de Pasajes de San Juan.

Don Eugenio Francisco de Arruti, uno de los médicos que atendieron a los afectados, escribió un opúsculo muy interesante sobre dicho acontecimiento (1). También relacionados con esta epidemia, se conservan en el Archivo municipal de Rentería casi medio centenar de escritos. Con toda esta documentación, y con la obrante en los archivos del propio Pasajes y de las poblaciones aledañas, trato de hacer un trabajo compilatorio. Las líneas que siguen son un resumen de él.

Sin duda alguna, 1823 y los años que le subsiguieron —la "década ominosa"— son particularmente aciagos en el convulso siglo XIX español.

El Congreso de Verona, celebrado en el otoño de 1822 y al que concurrieron soberanos y ministros de los países que componían la Santa Alianza —Austria, Prusia, Francia, Gran Bretaña y Rusia—, había acordado el derrocamiento de cualquier régimen liberal establecido en Europa, siendo los constitucionalistas que gobernaban en España desde 1820 una de las principales "preocupaciones" de dichas potencias.

En sus *Memorias de un Setentón* (2), dice Mesonero Romanos que el día dos de enero de 1823 *circuló la noticia de haberse presentado al Gobierno por los embajadores de Austria, Rusia, Francia y Prusia* —Gran Bretaña se oponía a la política intervencionista— *las notas colectivas en que en términos hartos severos indicaban, o imponían más bien, la modi-*

ficación del sistema constitucional, amenazando resueltamente con la intervención armada de las potencias en caso de no ser escuchadas sus reclamaciones. El Gobierno español, a cuyo frente se hallaba el pundonoroso y valiente general don Evaristo San Miguel, no titubeó un momento en responder a tan inaudita exigencia en los términos más dignos y levantados; y en las sesiones del Congreso de los días 9 y 11 del mismo enero puso en conocimiento de las Cortes las arrogantes notas y la no menos arrogante contestación.

La respuesta dada por Madrid podría decirse que era la esperada —y hasta la deseada— por algunos de los miembros de la Santa Alianza. Especialmente por el Gobierno francés, que *había buscado desde 1820 dificultar la vida de los gobiernos liberales de España, temiendo que la transformación política de nuestra patria pudiera engendrar un peligro revolucionario para Francia* (3).

Ya en el verano de 1821, a causa de la epidemia de fiebre amarilla declarada en Barcelona hubo mucho movimiento de tropas galas en la frontera y se estableció un cordón sanitario que en realidad era una barrera política para evitar ambas "infecciones".

Poco debió tardarse en pasar de las amenazas a los hechos. Moratín, que vivía exiliado en Burdeos, en una carta enviada a Madrid el 14 de febrero de 1823 a su amigo Juan Antonio Melón, antiguo Juez único de Imprentas y Librerías, escribe:

En el mes de abril tendrás tres divisiones de a treinta mil hombres, una por Cataluña, otra por Aragón y otra por Guipúzcoa... Date prisa a escribirme largo y menudo, porque se acerca la época en que no sepamos palabra el uno del otro. (4).

Si afortunado fue como comediógrafo, como profeta tampoco puede ponersele reparo alguno.

Así aconteció. El siete de abril comienza por el Bidasoa la invasión de los llamados Cien Mil Hijos de San Luis. A finales de mayo entraban en Madrid y en octubre terminaron con los últimos focos de resistencia liberal.

El ejército del Duque de Angulema que atravesó los Pirineos en la primavera de 1823 encontró muy escasa resistencia. El país había sido minado por una guerra civil iniciada por los absolutistas, instigada por el propio Rey y respaldada por Francia. El liberalismo, sostenido principalmente por grupos sociales poco desarrollados aún en España, no había arraigado sino en las ciudades de la costa... Los campesinos del interior fueron fervientes apostólicos; sólo Barcelona y las ciudades marítimas mantuvieron firmemente su adhesión al régimen constitucional.

Por otra parte, el ejército nacional que había de oponerse a los invasores fue puesto bajo el mando de algunos generales que respondieron muy deslealmente a las esperanzas suscitadas por su nombramiento (5).

Con la derrota de los liberales comienza uno de los períodos más siniestros de nuestra historia. Fusilamientos, proscripciones, arbitrariedades de toda especie abundaron en la segunda mitad del reinado de Fernando VII, que por la vereda del terror llegó más adelante que ninguno de sus colegas.

En Guipúzcoa, si bien los liberales más conspicuos y quienes tomaron las armas para marchar a Asturias a ponerse bajo las órdenes de Gaspar de Jáuregui (6) tuvieron que optar por la emigración y no faltaron represalias para los que se quedaron —de ellas da fe una cantidad nada escasa de expedientes conservados en nuestros archivos—, no se cometieron las barbaridades que se prodigaron por casi toda la Península.

Los habitantes de San Sebastián no sufrieron un asedio como el de 1813.

Las murallas no estaban para mucha defensa, aunque tampoco se las precisaba demasiado, pues de los 6.000 vecinos con que entonces contaba la ciudad, sólo permanecieron unos 200 en su interior. Y el duque de Angulema, muy cortés, dio orden de no bombardear ni atacar la ciudad, sino simplemente sitiarla. Aquel cerco duró nada menos que desde el 9 de abril hasta el 3 de octubre (7).

Con este telón de fondo de la provincia tomada por los franceses y San Sebastián sitiada, se va a declarar una epidemia de fiebre amarilla en Pasajes de San Juan que, aunque en Rentería sólo se cobró una vida, tuvo en vilo durante varias semanas a nuestros convecinos y fue causa de controversias entre los Ayuntamientos de Pasajes y Rentería.

Como dije al principio, el doctor Eugenio Francisco de Arruti fue uno de los médicos que combatieron la infección —y uno de sus pacientes, aunque solamente le tuvo postrado una semana— y dejó escrita una memoria dedicada preferentemente a exponer las causas de la epidemia y los remedios que él creía más adecuados para su tratamiento.

Respetando la grafía de la época en los fragmentos tomados de su libro, pasemos a conocer los hechos.

Alrededor de 800 habitantes componían la población de Pasajes de San Juan por aquellos años y el número de sus casas era de unas 125. La población y viviendas de Pasajes de San Pedro era, respectivamente, de 500 y 85.

Pero, en el verano de 1823, según F. Iturriz (8), 3.800 personas que habían huido del bloqueo de San Sebastián estaban refugiadas en Pasajes.

No era una situación totalmente anormal en dicha villa. En 1813 y 1814, tropas portuguesas e inglesas que acudieron a la toma de San Sebastián estuvieron alojadas en las dos iglesias de Pasajes de San Juan y, según Arruti, que ya por aquellos

años ejercía en Pasajes al paso que su calle se hallaba llena de un inmenso gentío, la playa ofrecía la perspectiva de un bosque, hallándose continuamente en ella 200 ó 300 buques de grueso transporte. No obstante no se observó por aquel tiempo otra enfermedad sino la fiebre pútrida regular dimanada de los hospitales ingleses establecidos dentro de la misma calle (9).

En el verano de 1823, a pesar de la aglomeración de gente, no había problemas sanitarios.

¿En qué estado se hallaba la salud pública en Pasaje hasta mediados de Agosto? En el estado más floreciente, pues no había más enfermos que una niña con disentería, una Señorita con hemoptisis y algunas diarreas estacionales muy benignas: a pesar de que el estado atmosférico no era muy agradable, pues algunos días en extremo calorosos eran seguidos de fuertes aguaceros.

Sin embargo, Pasaje disfrutó de la salud más completa hasta la llegada del bergantín Donostiarra, que procedente de la Habana entró en su puerto el día 3 de agosto (10).

Este bergantín había salido de La Habana a principios de junio cargado de azúcar, tabaco y otros efectos. Antes de llegar a La Coruña, primer puerto que tocaba en la Península, había perdido un hombre, que quizá fue la primera víctima de la infección que se incubaba en su bodega. En La Coruña pasó diez días de cuarentena y salió sin más complicaciones hacia Pasajes. tras hacer escala en Santander, llegó al puerto guipuzcoano el día tres de agosto. En Pasajes no se le pasó visita de sanidad por ser esa la costumbre con barcos que habían arribado previamente en Santander.

El 17 de agosto se produjo la primera víctima. Ese día murió con vómito negro el guarda Manuel Ali, que pasó varios días en el buque. Dice Arruti que, *es muy creíble que por cumplir con su deber se entretuviese en indagar si en los intersticios había algo contra la Real Hacienda* (11).

Hacia el día 19, varios carpinteros comenzaron una reparación en el Donostiarra y para ello tuvieron que abrir uno de sus costados.

Al abrirse éste probablemente se desprendieron de sus planchas miasmas deletéreos encerrados largo tiempo en ellas. La columna de aire condujo estos miasmas a las habitaciones más inmediatas —estaba fondeado frente al humilladero de la Piedad— y hallando en ellas el auxilio condicional de un calórico fuerte produjo un principio de infección, la cual se aumentó en el mismo sitio por las exhalaciones sucesivas de los enfermos que adquirieron la primera impresión del barco (12).

Efectivamente, fueron los carpinteros que estuvieron reparando el casco del Donostiarra y los vecinos de las casas próximas al humilladero los primeros y principales afectados por la epidemia. Dice Iturriz en su obra citada antes (13) que, al parecer, se llevaron algunas ropas del buque a la casa Altzatarra, que estaba cerca de la Piedad y que de allí debió surgir lo que en un principio se pensó no era sino un brote de gastroenteritis.

Al parecer, solamente Arruti y los médicos de las tropas francesas que estaban acampadas en Pasajes se dieron cuenta desde el primer momento del carácter de aquellas fiebres.

Este barco hizo algún tiempo ha la navegación de la costa de África conduciendo negros, y es bien sabido que estos buques en su travesía a la Habana u otros puntos de las Antillas suelen ser perseguidos por la fiebre amarilla (14).

El 22 de agosto falleció uno de los carpinteros, que residía en San Pedro. Cinco días después morían dos hermanas que habitaban en una casa próxima al lugar en que estaba anclado el Donostiarra. Y entre el 26 de agosto y el 2 de septiembre fallecieron otros seis carpinteros de ribera.

Todavía el 28 de agosto el Ayuntamiento de San Sebastián, que se hallaba instalado en el caserío Miracruz, escribía al de Rentería en estos términos:

Contesto al apreciable oficio de V.S. fecha de ayer diciendo que examinada con calma y prudencia la causa que

motivó la alarma de miasmas contagiosos atribuidos al contacto con el bergantín procedente de la Habana, parece que no hay motivo fundado para producir cuidado... (15)

Pero el día 10 de septiembre se reunieron en la Sala Concejil de Rentería los individuos que componían su Ayuntamiento junto con el Cirujano titular de la villa para tratar de una multitud de quejas habidas por el Pueblo de resultas de que desde la del Pasages empiezan a venir a esta Villa varias familias huyendo de la enfermedad —en esa semana, el promedio de fallecidos fue de más de uno diario— que ha aparecido en aquella villa; y que también la tropa francesa que la guarnecía ha salido precipitadamente por la misma causa a la Población de Alza (16).

En carta enviada el 11 de septiembre a la Diputación, el Ayuntamiento renteriano comunicaba que había impedido a varias personas que diariamente iban a Pasajes por comestibles que lo hicieran en lo sucesivo, así como que se trajese de allí ningún tipo de comida. Encargaba asimismo a las lanchas que no rozaran Pasajes al ir y venir de pesca de alta mar. No se atrevía aún, sin permiso de la Diputación, a establecer un cordón de gente armada y permitía el paso de quienes llevaban las raciones de pan para Pasajes y "Campamentos del Bloqueo" de San Sebastián.

El cordón sanitario puesto por Rentería debió comenzar su cometido el día 12 de septiembre; y los enfados entre los vecinos Concejos surgen acto seguido.

Los de Pasajes impidieron a las lanchas de Rentería que salieran a la mar y hubo la lógica protesta. Por otra parte, los pasaitarras se quejaban de haberse formado el cordón sin *inteligenciarse previamente con ellos*. Posteriormente, les reclamarían doce cargas de vino navarro que debían entregarse a las tabernerías de San Juan y veinte fanegas de harina que pertenecían al panadero Juan Bernadueque y estaban retenidas en Rentería.

El cordón se formó en un principio con Milicianos de Rentería y el 15 de septiembre, en otra carta a la Diputación, se notificaba que la víspera habían sido relevados por tropas francesas de Infantería y Gendarmería y que se había establecido perfectamente el Cordón a dicha Villa de Pasages por la parte de Lezo a Capuchinos de esta Villa y desde aquí a Molinao en Alza y desde este punto por Alza a la Errera (17).

Ese mismo día 15 de septiembre, escribía el Padre Guardián de los Capuchinos al Ayuntamiento de Rentería pidiéndole permiso para que uno de sus frailes pudiera acudir a Pasajes, pues desde la infestada villa se había pedido algún voluntario para ayudar al único sacerdote con que contaba.

La cosa es ardua —decía el Guardián— *y exige para su*

desempeño el que alguno se ofrezca. Con efecto se ofreció el P. Arazuri, y éste irá esta tarde a dicho Pasages, donde permanecerá hasta vivir o morir durante la enfermedad: la Villa le hace el coste. Ha ido a Astigarraga para suplirle el P. Villabona. En vista de esto se servirá V. diligenciar el que a este P. Arazuri no se le ponga óbice a su partida, como es justo; pues no se trata de prohibir las salidas y sí las vueltas (18).

El bloqueo fue inmisericorde; ni siquiera a la mar podían salir los sanjuandarras.

A la goleta francesa "Rosa" se le encomendó el bloqueo por mar. Nadie podía salir ni entrar en San Juan... pero el mal, lejos de decrecer, iba en aumento hasta tal punto que el parte facultativo del día 15 de septiembre daba el número de 61 atacados y 21 muertos, en el término de una semana. Bordalaborda, con sus amplios almacenes tuvo que convertirse en lazareto. Todavía se prodigaron medidas más rigurosas: "Que el bergantín Donostiarra se traslade a Berrachoco —un astillero del sur del puerto— para sumergirlo en cinco o seis marreas; que se proceda a la combustión de toda la ropa, enseres, leña, etc. que se ha sacado del bergantín; que a fin de no abatir la moral de los habitantes no se toquen las campanas de viático y agonía, ni asistan a los entierros más que el cura y los que han de llevar el cadáver; que se desinfecten y blanqueen todas las habitaciones". Al cabo de 8 días, el 22 de septiembre, había descendido vertiginosamente el número de atacados, según el parte del médico francés, doctor Potau. Pero todavía fue necesario mantener a Pasajes de San Juan en su aislamiento, aunque éste cerrara las fuentes de todo aprovisionamiento y el hambre se cebara en los apestados cuerpos de los pasaitarras y de los numerosísimos refugiados del bloqueo de San Sebastián. Por fin, el señor Conde de Richard, general del ejército invasor, proveyó de víveres a la población. El día 7 de octubre Mr. Jourdain, médico enviado por el Ministerio de Guerra francés, como observador, Mr. Potau y los dos médicos Arruti y Montes certificaron que este barrio estaba libre de toda enfermedad (19).

En acción de gracias por tan ansiada nueva se cantó un Te Deum y una procesión con las imágenes de San Roque y Nuestra Señora de la Piedad recorrió la calle de San Juan.

Un recuerdo final para el único vecino de Rentería que perdió la vida a causa de esta epidemia. Se llamaba Ramón Ayarve, era carpintero y trabajó en la reparación del Donostiarra.

Ramón Ayarve carpintero del mismo buque murió sospechosamente el día 31 de agosto en una casería situada cerca del convento de capuchinos de Rentería, y en su casa y en las inmediatas no hubo novedad (20).

Vivía en la casa llamada Asunción, próxima a la bahía.

NOTAS

(1) **Eugenio Francisco de Arruti**, tratado de la fiebre amarilla que desde últimos de agosto hasta principios de octubre del año pasado ha reynado en la banda de San Juan de la Villa de Pasage, en San Sebastián, en la imprenta de Ignacio Ramón Baroja, año de 1824 (96 páginas).

(2) **Ramón de Mesonero Romanos**, Memorias de un Setentón, Madrid, 1975.

(3) **Manuel Tuñón de Lara**, La España del siglo XIX, Barcelona, 1973.

(4) **Leandro Fernández de Moratín**, Epistolario, Madrid, 1973.

(5) **Vicente Llorens**, Liberales y románticos, Valencia, 1979.

(6) **"En Guipúzcoa no se consiguió ni siquiera completar un Batallón de 1.000 plazas... Hubo, es verdad, un Batallón compuesto en su mayoría de guipuzcoanos que marcharon a Asturias a ponerse a las órdenes de Gaspar de Jáuregui, comandante del Batallón..."** (José Ignacio Lasa, Jáuregui, el guerrillero, Bilbao, 1973).

(7) **Luis Murugarren**, San Sebastián - Donostia, San Sebastián, 1978.

(8) **Fermín Iturrioz**, Pasajes. Resumen histórico, San Sebastián, 1952.

(9) **Arruti**, o.c., p. 6

(10) **Arruti**, o.c., p. 7

(11) **Arruti**, o.c., p. 13

(12) **Arruti**, o.c., p. 69

(13) **Iturrioz**, o.c., p. 117

(14) **Arruti**, o.c., p. 13

(15) **Archivo Municipal de Rentería**, Sección A, Negociado 14, Libro 3, Exp. 3.

(16) **Ibidem**.

(17) **Ibidem**.

(18) **Ibidem**.

(19) **Iturrioz**, o.c., pp. 117-118

(20) **Arruti**, o.c., p. 74